Cuaderno de campo

José Rodríguez Infante

Capítulo 1

Conecté con este árbol un día de Inmaculada en la Sierra de Segura y Las Villas. La tarde era gris, y el acebo formaba una línea ascendente a ambos lados de una vera, mezclándose entre pinos arropado por un enmarañado verdor. El viento me sopló al oído que lo que tenía ante mis ojos era una representación de la familia AQUIFOLIACEAS del género Ilex, de hojas elípticas y cuyos frutos aún permanecían ocultos a mi curiosidad de observador. Un poco más abajo, en un caserío semioculto, humeaba una chimenea, y el aire traía ese olor a cuero quemado, tan propio de nuestras sierras, cuando de obtener beneficios del cerdo se trata; una señora sentada ante un lebrillo se esmeraba en los embutidos, mientras otras cuantas personas le buscaban un buen clavo a las patas limpias de sangre, brillando al frescor matutino. No demasiado lejos de este lugar, "Las Acebeas", campamento juvenil que dormitaba de la presencia humana, haciendo crecer hierba en aquellos espacios donde el sol veraniego castigaría a su debido tiempo; las tiendas de campaña, el fuego, el bullicio, quedaban entrecomillados, tan sólo unos perros guardaban celosamente el único techo del campamento. Por allí merodeaban los ciervos y el arrendajo, y contemplando el juego amoroso de los buitres nos acercamos por carreteras sinuosas hasta Segura de la Sierra, con su castillo mudéjar, enclavado en un picacho desafiando leyes físicas. Oteadero perfecto en el que el poeta Jorge Manrique decidió establecer parte de su vida, y al que por supuesto la población serrana tiene dedicada una placa, y muestra orgullosa la casa a aquellos pasajeros que deseen visitarla. No muy lejos está El Yelmo (1809), impresionante elevación desde cuya cima parece estar uno a las puertas del cielo. Siles, Santiago de la Espada, Hornos, son otros nombres que debemos apuntar también en nuestra agenda, si queremos tener una idea preclara de este paraje declarado Parque Natural desde 1986 y que abarca una superficie aproximada de 214.300 has.

Volviendo un poco al acebo, conviene saber que esta especie presenta una gran variedad de hojas y frutos, ya que lo mismo nos llega de América que de Asia. Existiendo por tanto muchos híbridos aunque la conocida agrupación de bayas rojas pasa por ser una de las más espectaculares. El acebo se ha plantado tradicionalmente para favorecer los bosques destinados a la protección y alimentación del ganado. Requiere cierta humedad y no soporta las sequías prolongadas. Es un reducto de la vegetación lauroiede que cubrió antaño buena parte de Europa. El acebo además de refugio y aislante térmico, ofrece sus hojas y frutos a multitud de herbívoros; actúa a la vez como abrigo y como fuente de alimento. Las aves - ¿cómo no? -, colaboran en la dispersión de sus semillas, en agradecimiento a los dones que el árbol ofrece

Capítulo 2

El árbol fuente de vida: alcornoque

Aunque es evidente que estamos ante uno de los árboles más significativos de nuestra geografía, vamos a quedarnos en la Sierra de Cádiz, por ser quizás el lugar donde mejor se encuentran conservados en la actualidad, ya que existe un Parque Natural que toma el nombre de esta singular criatura. Quercus suber (ese es su nombre científico) está proporcionando beneficios al hombre desde muy antiguo y no hablemos ya de los que proporciona a todo cuanto ser viviente decide tenerlo por

aliado. Por supuesto que tiene familia: FAGACEAS y fue Linneo quien lo encuadró en el lugar que hoy ocupa en la tabla. Multitud de sierras abarca el PN Los Alcornocales, que se extiende desde El Bosque hasta el mismísimo estrecho de Gibraltar, a la sombra del torreón donde Guzmán El Bueno realizó aquella increíble gesta. Lugar propicio para que se contabilicen hasta dieciocho especies de rapaces y que se formen valles profundos y estrechos: los conocidos como canutos, en los cuales se desarrolla el bosque en galería, subtropicales, reductos de épocas pasadas, donde entre otros encontramos al acebo. Aunque el turismo rural presenta en esta zona características distintas a las de otros lugares menos avanzados, aún se encuentran rincones y personajes que bien merecen un cuadro de honor: la estampa del toro bravo poniéndoselo difícil al sensador de cigüeñas o la nariz aguileña del Gaspi en la estación de Gaucín o el merendero de Villaluenga o la casa de piedra de Cortes, los kilómetros de curvas con alcornoques. Ubrique con el curtido de la piel y Alcalá de los Gazules por su núcleo histórico parecen ser las poblaciones más importantes de este entorno, al que debemos finarnos como primera meta, respeto. Es tanto el legado que encierran estos montes que tan sólo un acto de locura colectiva justificaría su desaparición. De la importancia del alcornoque como tal nos puede dar idea el hecho de que con el corcho se produce hasta piel, y nos lo podemos encontrar como elemento decorativo en sus más variadas facetas. El 75% de la producción mundial es española. El descorche se lleva a cabo con arreglo a una técnica muy peculiar: las cuadrillas van dirigidas por un capataz; la extracción del corcho la realizan los "hacha", que suelen actuar por colleras; "los arrecogeores" acompañan a los anteriores y van amontonando las "panas" para que el "rajaó" las prepare para el transporte. La "saca" se realiza mediante caballería que llevan la materia prima al "patio" o cargadero. Por entre el bosque de alcornoques nos encontramos grupos de árboles recién despojados de su preciada cubierta, dando la sensación de ser un grupo de mocitas que salen de paseo luciendo sus medias de domingo de ramos.

El fuego alcanza cada verano cotas de primera plana, demostrándonos el terrible entramado de intereses que figuran tras los incendios forestales; sin embargo si dejamos a la Naturaleza actuar por sus propios medios resulta que esta terrible arma en manos de los hombres es la forma de competir que tienen ciertas plantas menos adaptadas para ganarles terreno a las pirófitas. Lástima que los pirómanos estén empeñados cada año en destrozar todos los planes de lucha contra incendios. Si en sus orígenes el hombre le fue ganando espacios a los bosques para poder cultivar, hoy día va camino, si no lo remediamos a tiempo, de caer en tres consecuencias (entre otras) catastróficas por este continuo devorar árboles: 1) Perdida de la fertilidad del suelo, con lo cual de poco nos va a servir tener donde cultivar. 2) Cambios climáticos el romperse el ciclo del cual forman parte indispensable los árboles y por último el empobrecimiento de la flora y de la fauna, lo que viene a denominarse biodiversidad y que tanto dieron que hablar tras la Conferencia de Río de

Janeiro de 1992. Y es que al árbol debemos contemplarlo como algo más que una simple alcancía, debemos saber plantarlos, colaborar en plantaciones, crear viveros, jardines, huertos escolares, debemos atrevernos a presentar denuncias por agresiones sufridas por árboles y demostrarles a nuestras autoridades que las celebraciones forestales conmemorativas están muy bien, pero además hay que castigar a quienes atentan contra la vida de los árboles. De su importancia pueden dar idea estos versos de Leopoldo de Luís:

La tierra reconoce sus raíces
y reconoce el aire azul sus ramas,
las aves su verdor, sus cicatrices
el hacha y el hogar sus rojas llamas.

Capítulo 3

Ceratoria siliqua. Familia CESALPINIACEAS . Como alimento del ganado de labor tuvo su importancia el fruto de este arbol - la algarroba - por los años cincuenta y sesenta, y luego incomprensiblemente se le ha ido relegando al olvido a pesar de que no solamente proporcionaba alimento sino que fijador del suelo es capaz de adaptarse a situaciones extremas y crecer entre las rocas. En las provincias de Málaga y Almería se le puede encontrar de forman muy dispersa y allí donde se lo permiten presentando un porte digno de elogio. Su tronco puede llegar a medir dos metros de perímetro y la algarroba, leguminosa de flores blancas, le cuelga entre el verdor de sus hojas como pendientes que luciera de sus lóbulos multiformes. Es un arbol propio de esta tierra sureña que está pasando tal vez por uno de sus peores momentos y al que debemos prestar la atención necesaria para hacerlo desaparecer de la fatídica lista de especies amenazadas. En el P.N. Cabo de Gata - Nijar se pueden encontrar buenos ejemplares de este arbol, resaltando aún más si cabe el valor intrínseco de este espectacular paisaje mezcla de acantilado y playas; hasta allí llegan los flamencos (Phoenicopterus ruber) y abunda el palmito, pero son sin duda los fondos marinos los que le dan importancia a estas azuladas aguas. En Tabernas -donde parece que aún no tienen claro la apuesta por el turismo rural - podemos encontrarnos desde un poblado del Oeste americano hasta un centro de energía solar, pasando por la curiosa fiesta de los pencones celebrada en tiempos de liturgia, y en la cual además de sorprender al viajero con ciertas excentricidades le

ofrecen chocolate con bollitos.
En Sorbas, el yeso juego caprichosamente con el entorno y las oquedades se multiplican. Y cerrando esta sucinta visión de la parte sur de Almería, todo un mar de plásticos que dieron lugar a un floreciente cultivo hortícola que nos hacen consumir frutas y hortalizas fuera de su temporada natural, que está produciendo grandes problemas de acuíferos, pero que indudablemente ha puesto de oro a más de un campesino que ha pasado de la noche a la mañana de dos mulas y un arado a dos vehículos último modelo; esperemos que el efímero brillo del metal no sea la trampa de nadie. Y mientras tanto nuestro paciente algarrobo quiere decirnos algo: "no muy lejos de aquí - en Murcia -tenemos todo un ejemplo de lo que conmigo pudiera hacerse, puesto que hace un siglo (1895) la Sierra de Espuña fue repoblada por Ricardo Codorniú Starico a lomos de una mula, cinco mil hectáreas de terreno erosionado se vieron cubiertos de pinos, encinas, y quejigos". Castigado durante años, el algarrobo ha dejado su sitio a zonas de regadíos y urbanizaciones mientras en otros piases de fabrican a partir de la pulpa de algarrobas: chocolate, leche, mantecados, harina, jarabe y aditivos naturales. Arbol leñoso de madera dura y brillante, tiene hojas perennes y posee un sistema radicular tan desarrollado que le permite subsistir en los montes más rocosos, siendo el más capacitado para poblar zonas casi desérticas. A él, le vamos a dedicar estos versos de Alfonso Canales:
El último arbol llegó a ser animal
sacaba de la tierra tentáculos
de ramas y de hojas hizo espadas y uñas
crecía en la explosión de su venganza,
dando su sombra interminable a los depredadores.

Capítulo 4

CASTAÑO

Cuando se aproxima el mes de Octubre, la tele nos anuncia la apertura de curso, y un sin fin de estudiantes se aprestan a conquistar un peldaño más de su particular escalera, por la Sierra de Aracena (Huelva) tiene lugar una explosión de color y sonido: allí en medio de bosques de quercus y de frondosas aparecen majestuosas, con espectaculares troncos en la mayoría de los casos, llenos de enormes heridas por las sucesivas talas, constituyendo reuniones de gigantes en los mágicos atardeceres de la sierra; son los castaños del género Castanea y la familia FAGACEAS que en envolturas pinchosas (erizos) nos ofrecen sus deliciosos frutos y que constituyen uno de los atractivos de estas tierras. Por aquí le podemos encontrar la mayoría de las ocasiones en perfecto cultivo, aunque también existen fincas en evidente abandono y que posiblemente haya dado lugar a pensar a mucha gente que todo el monte es orégano, dedicándose a coger castañas a pie de carretera como si aquello fuese el maná. La respuesta por parte de los propietarios de las tierras, llega en forma de

alambradas para desespero de los senderistas, que cada día encuentran más dificultades a la hora de completar sus recorridos, y esta sierra - la de Aracena - debido a la proximidad de sus pueblos ya la benignidad de la orografía permite su disfrute a pie como pocas. El castaño lo trajeron los romanos y afortunadamente aún se sigue cultivando para disfrute de sensibilidades propensas a sentir un goce especial caminando entre el amarillo de sus hojas. Tan importante es esta zona norte de la provincia de Huelva, que dicen que por aquí merodea el emblemático lince y la nutria - un mamífero muy delicado a la hora de elegir la calidad de las aguas - El castaño también nos ofrece su madera -¡cómo no! -aunque se da la paradoja generalizada a las maderas en general de que aunque la empleamos cada vez más la vemos cada vez menos, ya que al final acaba convertida en papel, pintura plásticos... una pena para nuestros sufridos bosque4s. A veces, sentado frente a uno de esos gigantes deformes, a uno se le viene a la mente aquella atmósfera de hace quinientos millones de años, donde el anhídrico carbónico imponía su ley creando una situación desfavorable para la evolución, hasta que la combinación clorofila -luz sentó las bases para que con el permiso de las algas, hongos y musgos, hoy podamos quedarnos atónitos ante estos muditos de piel leñosa. Bastantes pueblos citan al árbol como primer emblema del que conservan recuerdo: los altaicos, siberianos, aqueos, pelasgos; las grandes leyendas nórdicas hablan de árboles milenarios

Capítulo 5

EL ÁRBOL FUENTE DE VIDA: ENCINA

¿Qué tienes tú negra encina
campesina
…/…

Se preguntaba Don Antonio Machado comparando su figura con la de otros árboles y el mismo poeta nos hace ver la enorme expansión geográfica de la vetusta encina, adaptada a nuestra península y a nuestro clima como pocas especies.
La encina (Quercus ilex) de la familia Fagaceas es algo consustancial al paisaje tórrido del sur y así la podemos encontrar en la Sierra Norte de Sevilla ofreciendo su fruto (bellota) al ganado y sus ramas a multitud de especies animales, para que de ella hagan lugar seguro donde sacar adelante sus crías. Alanís, Constantina, El Pedroso, San Nicolás del Puerto, son algunos de los pueblos de la sierra ligados a este árbol y sus vicisitudes. Las hojas de la encina –coriáceas y pinchudas- dan idea de las dificultades del conjunto para encontrar agua suficiente. A base de transpirar agua, energía solar y temperaturas altas, el árbol transforma los materiales terrestres basados en la química del silicio en productos con carbono, de tipo orgánico. Las hojas de los árboles con sus caprichosas formas, coquetean con el carbono ofreciéndole hospedaje, pero a veces las relaciones con los minerales del suelo no son de buena vecindad y ésta

termina descomponiéndose en el suelo para entrar de nuevo en el ciclo aunque sea parcialmente; como vivimos de ellos, hemos de hincar el filo del acero en su dura piel. Procuremos que la herida sea producida en sus justos términos: época precisa, ramas adecuadas, daño imprescindible, personal adecuado, directrices oportunas.

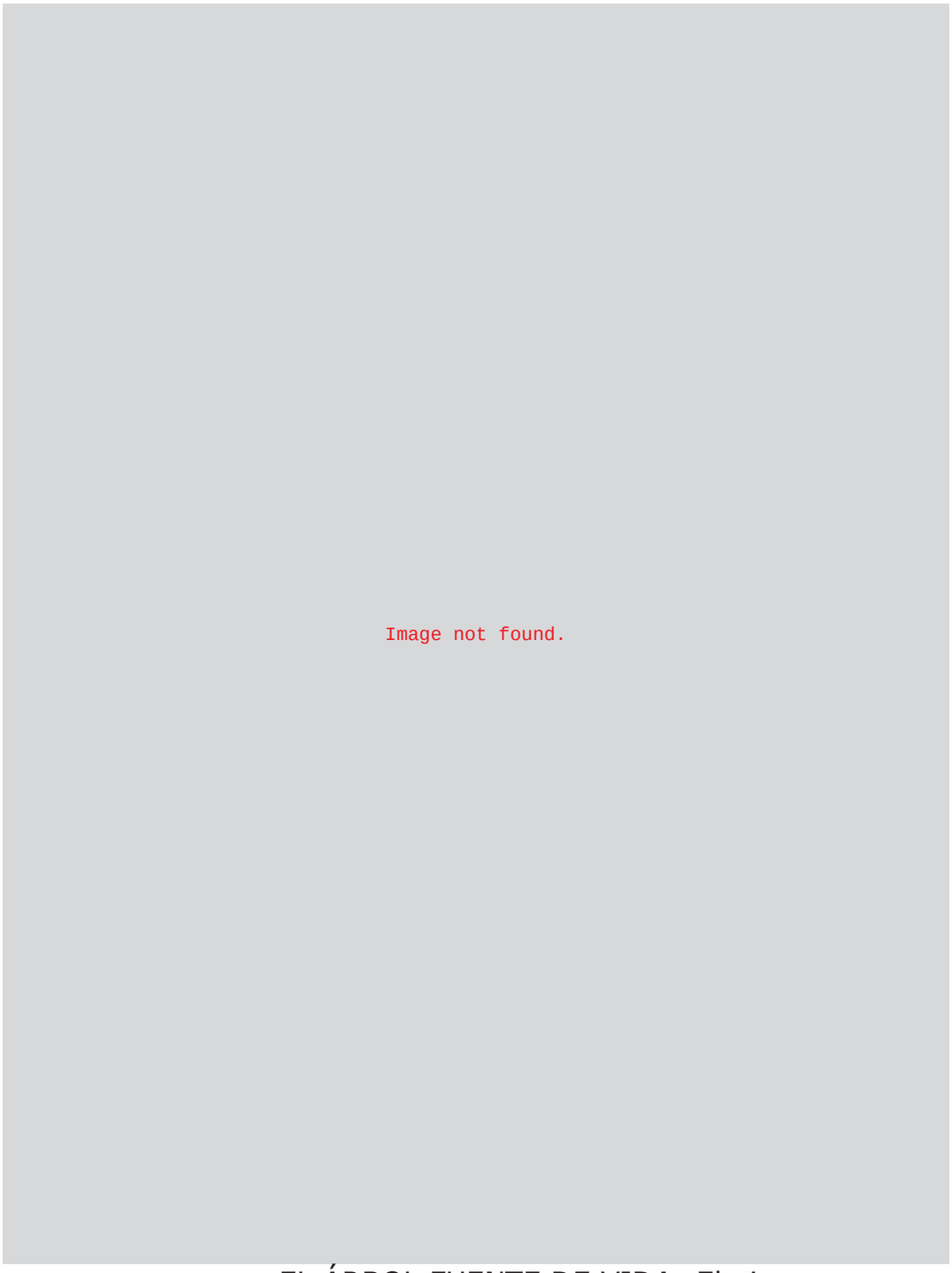
Al final ellos siempre nos lo agradecen. La encina –sin que nadie se lo diga- procura crecer rodeada de pinchudas carrascas, protegiéndose así de la visita de los herbívoros. La rentabilidad económica del bosque mediterráneo –del que la encina es su más fiel representante- puede ser elevada si se realiza un aprovechamiento integrado de todos sus recursos: ganadería, caza, corcho, leña y carbón vegetal; en el Plan Forestal Andaluz se contempló repoblaciones con encinas –entre otros árboles- para subsanar la nefasta política de los años sesenta, que nos llenó los campos de ecucaliptos a costa de los milenarios Quercus. Otro tipo de ayudas, de origen comunidad europea, también está consiguiendo llenar de plantaciones, terrenos que antes estaban baldíos. Esperemos que estos planes puedan llegar a buen puerto, y vayamos recobrando nuestros bosques por el bien de toda la comunidad.

En la Odisea podemos ya encontrar referencias a este árbol; así Penélope le dice a Ulises: "No creo que seáis de esos hombres que no conocían a sus antepasados y afirmaban haber nacido de una Encina y una Roca". De ella se obtiene picón, carbón, bellota para el ganado; tolera el calor, el frío, las sequías prolongadas y las podas más brutales. Se lleva bien con el alcornoque, el madroño, el brezo, el lentisco, las jaras, el cantueso, el águila imperial, el lince, el lagarto corredor, el sapo partero…no nos debemos extrañar, por tanto, que en la Grecia antigua, los vencedores en los juegos nemeos luciesen en su sien una corona de ramas de encina. Puede alcanzar los veinte metros de altura, vivir mil años y dar cobijo a su sombra a mil quinientas ovejas. Del bosque de encinas que cubrían nuestra península, hemos pasado a todo tipo de cultivos: pastizales, pinares o eucaliptales, quedándonos como mal menor la dehesa, forma de convivencia que parece la más idónea para el hombre y el árbol. Confiemos que esto sea así y dejemos de ver desaparecer más ejemplares de la que ha llegado a ser considerada como árbol nacional: la encina.

…/…

con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?

Capítulo 6



EL ÁRBOL FUENTE DE VIDA: El pino

Incluido en la familia de las PINACEAS, forma junto con los abetos y alerces unas doscientas especies de árboles y arbustos distribuidos en diez géneros. Esto nos da una idea de su disparidad y diversidad geográfica, estando condicionada su existencia a las características del terreno. Así nos lo podemos encontrar en la arena de la playa, en el llano

y en la montaña a distintos niveles siendo uno de los eternos sufridores de nuestros campos. Luchan contra los indomables vientos de Levante, contra el fuego, contra la arena de Doñana (que los devora) contra los riscos más puntiagudos, contra el hacha. De todo el mundo podemos adivinar su procedencia: Norteamérica (Murria, Coneter, Jefreey, Arizona, Monterrey), Guatemala, México, China, Japón, Calabria, Corea. Aquí en España nos encontramos con el pino carrasco (Pinus halepensis), pino silvestre (Pinus sylvestris), pino rodeno (Pinus pinaster), pino salgareño (Pinus nigra), pino canario (Pinus canariensis), pino piñonero (Pinus pinea). Una inmensa amalgama como podemos observar, que hace rica la diversidad biológica de estos ejemplares siempre verdes y predispuestos a ofrecernos su sombra.

En la provincia de Granada los podemos encontrar ocupando las distintas escalas de altitud, amoldándose al terreno y formando bosques como los de la Sierra de Huetor, donde la naturaleza caliza del terreno ha dado lugar a cuevas como la del Agua, a cuyo acceso en tiempo de nieves habría que catalogar de asignatura obligatoria para la raza humana. Grandes especies de mamíferos, rapaces y reptiles si que lo tienen claro y escogieron en su día estos parajes para llevar a cabo su actividad cotidiana. Viznar, Cogollos–Vega, Alfacar como miradores de la metrópolis nos invitan a una detenida visita.
La familia PINACEAS, es sin duda la familia de coníferas de mayor importancia forestal: económicamente se utiliza en droguería, medicina, industria química, maderera, alimentación y ornamentación. El pino como protector del suelo y de las cuencas hidrográficas representa un importante papel, así como asociado a las quercìneas, el problema surge cuando por intereses económicos suplanta a los árboles autóctonos: la corta de coníferas, el comercio del piñón, la resinación y la leña como todo en la Naturaleza hay que saberlo llevar a sus justos términos.

Capítulo 7

CUEVAS DE SANTIAGO

Descripción del itinerario

Cogiendo por la carretera en dirección Guadalcanal y a 16 kms. de Cazalla a la izquierda parte el carril que se dirige a la Hoya de Sta. María. El carril discurre por una zona bastante desértica y árida, típica del clima caluroso del sur de España, con algunos cortijos sólo al principio y con amplios campos cultivados en grandes extensiones poblados sólo por unas pocas encinas que constituyen un exponente claro de una gran parte de la vida en Andalucía. Tras varios kms. El carril cruza por un puente del río que desemboca en el pantano de El Pintado. Siguiendo el curso del río hacia arriba por su margen izquierda, a unos cientos de metros veremos arriba a la derecha unas bocas y entre ellas la principal del complejo de las Cuevas de Santiago, con 21 bocas distintas y yacimientos arqueológicos de gran importancia. Estas cuevas aunque de fácil acceso requieren unas mínimas preocupaciones y conocimientos para poder acceder a ellas con unos mínimos de seguridad, siendo de gran belleza geológicas.

Se encuentra ubicado el PN de la Sierra Norte de Sevilla, en la zona central de la Sierra Morena Occidental, con una extensión de 167.653 has. y sirve de enlace entre el PN de Sierra de Aracena y Picos de Aroche (al Oeste) y el PN de la Sierra de Hornachuelos (al Este). Al sur se sitúa el valle del Guadalquivir y al norte la meseta extremeña. Con una altitud que va desde los 33 a los 960 metros sobre el nivel del mar, el PN de la Sierra Norte de Sevilla abarca los términos municipales de Cazalla de la Sierra, Las Navas de la Concepción, San Nicolás del Puerto, Alanís, Guadalcanal, El Real de la Jara, Almadén de la Plata, El Pedroso, Constantina y la Puebla de los Infantes.

Ecosistemas: El PN abarca una gran variedad de ecosistemas, destacando por su extensión y relevancia, tres ecosistemas muy característicos: la Dehesa, El Bosque de Ribera y el Bosque Mediterráneo.

La Dehesa: es el referente principal de toda la Sierra Norte de Sevilla. Surge como consecuencia del aclarado (talas) que el hombre ha ido realizando a lo largo del tiempo sobre el primitivo bosque autóctono de encinas y alcornoques. Este aclarado ha ido abriendo espacios de pastizales en el bosque originario, convirtiéndose así en un espacio para el aprovechamiento ganadero y maderero. Con las especies arbóreas de encinas y alcornoques, convive una abundante fauna (buitres, ciervos, águilas, conejos, jabalíes, cigüeñas, topos...).

El bosque de ribera: se extiende a lo largo de los distintos cursos de agua. Se caracteriza por una vegetación ripícola (fresnos, abedules, sauces, alisos, chopos, álamos, tarajes, adelfas...) y una fauna asociada a los cursos de agua y a la vegetación de ribera (martín pescador, lavanderas, nutrias, ratas de agua, tejones, bogas, truchas, gobios, libélulas, anfibios...). Por su importancia, sobresalen los del Viar y el Hueznar.

Cazalla de la Sierra es el pueblo más importante de la comarca y cuenta con un bello casco urbano, en el que destacan la Iglesia mudéjar junto a las murallas almohades y su Cartuja del siglo XV.

J.R. Infante

Capítulo 8

En bici por las arenas

Un buen día tres amigos, amantes de la bicicleta, deciden emprender una pequeña aventura partiendo desde Dos Hermanas en Sevilla a finales de un mes de Agosto. Cargan sus vehículos con lo necesario para pasar una noche a la intemperie y las primeras pedaladas en bicicleta todo terreno se dirigen hacia el Parque Periurbano de La Corchuela. Antes de llegar a las inmediaciones del Brazo del Este, Antonio sufre el primer percance mecánico que se solventa con una chapuza de la mano de Manolo: las pocas herramientas que llevaban no sirvieron para nada, ¡donde va un buen alambre!—dijo Manolo, grandes extensiones de cultivo, llanuras, pocos paisanos y muchas aves por entre las zonas inundadas. A la altura de un eucaliptal, reponen fuerzas, tirando de la mochila. Cabalgan a gusto hasta que llegan a la orilla del Guadalquivir, donde el viento de frente se interpone para los intereses de los aventureros. Nueva parada, nuevo intento de reparación mecánica y larguísimo camino bordeado de árboles

y sin un alma en los alrededores. El río presenta un aspecto terroso, de agitación y algún que otro pescador tienta a su suerte en sus orillas. Tras atravesar unas obras con intenso tráfico pesado, llegan a los pinares de La Algaida para —con el santo de cara— topar con un manguera milagrosa que utilizan de ducha; unos pinos cercanos propician una sombra idónea para engullir el bocata, pero cuando ya se hallan los tres dispuestos a hincarle el diente al sabroso manjar, se dan cuenta que se hallan invadidos por una colonia de moscas que no están dispuestas a ser meras espectadoras, así que de prisa y corriendo, lo recogen todo y deciden comer mientras pedalean.

Así discurre el almuerzo y entre camino de asfalto y camino de arena llegan hasta Bonanza donde un buen refresco azucarado viene a aliviar el esfuerzo. Las indicaciones de un parroquiano les llevan hasta el muelle, donde ni cortos ni perezosos alquilan una embarcación de pequeñas dimensiones que los lleva a la otra orilla del Guadalquivir en pleno Parque Nacional de Doñana. A partir de aquí comienza una auténtica odisea puesto que la arena comienza a cobrar tributo y avanzar sin quedarse anclado era poco menos que imposible. Llegan los jabalíes dispuestos a que se les propicie alguna golosina ya que están acostumbrados a lo que le dan los bañistas. Al tiempo que se adentran en la orilla del mar descubren las dunas y poco a poco se queda atrás la desembocadura del Guadalquivir. Antonio tiene serias dificultades con la bici, por lo que decide echar pie a tierra y caminar empujando su vehículo; Manolo termina por hacer lo mismo; por el contrario Pepe se muestra más enérgico e insiste en permanecer en lo alto de su bicicleta, se adelanta unos metros y aprovecha la caída de la tarde y la soledad del instante, se detiene, se desnuda y se mete de cabeza en las olas que lo están llamando a gritos. Se puede palpar en el ambiente la grandiosidad de todos los alrededores. Terminan de pasar los últimos pescadores en un todoterreno, así como los microbuses de turistas.

Las dunas son toda una tentación para quedarse a pasar la noche, pero una patrulla de la Guardia Civil, les disuade del intento, aunque tampoco pone demasiadas pegas a que continúen su avance hacia Matalascañas. Especulan con la hora y el camino que resta por recorrer —la noche es ya una realidad— y una luna redonda, como foco luminoso acapara todo el protagonismo del instante. La temperatura es ideal, el silencio lo rompe las olas del mar y las dunas están pidiendo a gritos que les hagan compañía, pero como el cansancio comienza a hacer mella, las ideas no fluyen de manera adecuada.

Los tres amigos continúan a pie, empujando las bicis, hasta llegar a la civilización y ya sobre el asfalto, buscan el chalé de un amigo donde les espera una reconfortante ducha y un colchón donde descansar. Han pasado 18 horas desde que salieron del punto de origen y al día siguiente toca regresar a Sevilla.

J.R. Infante

Capítulo 9

UN POCO DE HISTORIA

Crónica de la primera visita que realizamos como grupo a la población de Cortes de la Frontera (Cádiz)

Llegamos a la residencia Al-Alais, más conocida en Cortes como "El internado" el 9 de Octubre de 1992 con la intención de pasar unos días por estos parajes, de los que teníamos buenas referencias. Allí estábamos esa noche las familias Carballido, Corona y Rodríguez, incorporándose al día siguiente las familias López y Raimundo. A las once de la mañana estábamos en Ubrique para conocer la ciudad y darnos cuenta de la importancia del curtido de la piel. Enclave pueblerío perfecto, a la falda de una montaña, aunque por dentro; entre sus calles principales encontramos lo mismo que en una ciudad. La carretera de Ubrique a Villaluenga del Rosario nos gusta y a través de la Manga llegamos a la población buscando la conocida sima. Allí nos recreamos y hacemos un poco la cabra, tanto los grandes como los pequeños, eso sí: apreciando en todo su esplendor la magnitud de la grieta que se sumerge misteriosa en el interior de la tierra. Como no tenemos preparación espeleológica ni medios necesarios, recobramos la horizontalidad del terreno para irnos a un merendero y prepararnos para el bocata del día.

Aquí comienza una de nuestras aventuras más recordadas, ya que nos vimos de pronto rodeados por una manada de vaquillas que entre voces y alboroto la dirigían unas paisanos hacia un pequeño tentadero para marcarlas. Los bocadillos quedaron encima de las mesas y el que más y el que menos no sabía donde cobijarse. El asunto quedó nada más que en un susto, puesto que los animales tenían más miedo que todos nosotros juntos, pero…¡había que estar allí! De Benaocaz a Ubrique descendimos a través de una calzada romana que en parte se encontraba en buen uso y el resto muy deteriorada. A lo largo del día nos acompañaron en el paseo, alcornoques, algarrobos, olivos, encinas, pinos carrascos, chopos, zarzas, chumberas, espino albar, escaramujos, membrillos.

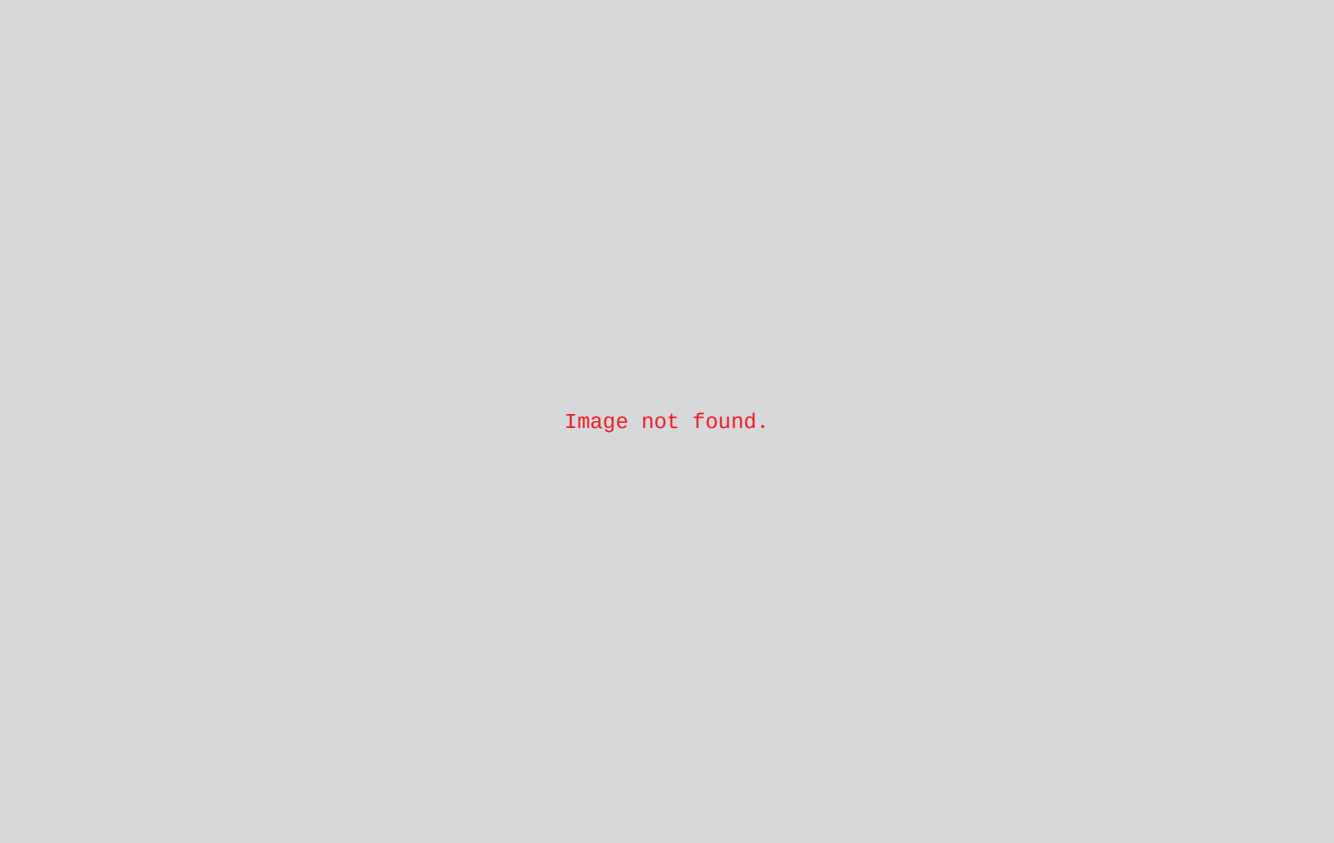
El segundo día de estancia de Cortes nos adentramos en el inicio de la travesía hacia Montejaque, encontrándonos con una cuesta de muy señor mío, a la que puso algo de alivio un todoterreno que se llevó a las féminas que quisieron montarse. Superamos el puerro de Libar y en el cortijo Carrasco estuvimos reponiendo fuerza, e iniciamos la búsqueda de una sima que nos habían dicho que andaba por allí, pero no hubo manera de dar con ella.

El frío y la amenaza de agua nos hizo volver a la residencia antes de lo previsto; menos mal que el internado disponía de una mesa de ping-pong donde pudimos mantener a raya a los niños. Como siempre, tuvimos ocasión de comprobar lo desagradable que resultan los tiros de los cazadores mientras que los buitres y los conejos trataban de buscarse la vida, cada cual como podía.

Visitamos la estación de Cortes, con todo el encanto de una estación de tren antigua, próxima al Guadiaro. Nos gusta sobremanera, en el camino de vuelta el Peñón de Berrueco y sus alrededores. Fuimos hasta Tavizna para adentrarnos por el lateral del camping hasta el pantano de los Hurones. Por esta zona comprobamos la existencia de un nido de cigüeña en los silos del Esparragosilla, la proliferación del urbanismo salvaje y la sequía que se podía apreciar en el nivel de las aguas del embalse.

Dicen las guías que existen bosques en galerías en los arroyos cercanos. Lo tendremos que comprobar en próximas excursiones.

Capítulo 10



Posdata sobre la misma crónica:

Hace ya muchos años en la Residencia Al-Alais de Cortes de la Frontera recalamos cuatro familias para pasar unos días en la Sierra de Grazalema. El primer día para no romper del todo el enlace con la ciudad, nos vamos a Ubrique para ver primera mano la gran actividad de esta población relacionada con la piel curtida; el pueblo tiene un enclave de privilegio para respirar los aires serranos, amén de una calzada romana que lleva hasta Benaocaz. De allí, a través de la manga de Villaluenga, llegamos a conocer la entrada a una sima, dejándonos caer por las grandes peñas que configuran la entrada a ese mundo a oscuras que conforman las entrañas de la Tierra.

Un merendero, situado entre unos pinos, nos parece el lugar adecuado para degustar unos bocadillos que llevábamos preparados, lo que no sabíamos es que el postre iba a ser movidito: así, como el que no quiere la cosa, nos llegaron unos hombres dando voces para que nos apartásemos, dado que llegaban a galope unas cuantas vaquillas en dirección a un pequeño tentadero próximo a nuestra situación; como no teníamos aficiones de toreros ni nada por el estilo, recogimos lo que pudimos y nos apartamos tras unos árboles para observar el paso del ganado. El resto del día discurrió entre alcornoques, algarrobos, chopos y

chumberas con la presencia solemne de los buitres en el cielo.

Al siguiente día decidimos subir hasta los Llanos de Libar. Durante cinco horas, hacemos lo que podemos para encontrar una sima –que no damos con ella-, desde la inmediaciones del cortijo Carrasco contemplamos los alrededores y cuando el frío y el agua deciden acompañarnos, no nos queda otro remedio que volver sobre nuestros pasos. Nogales, palmitos, almendros llenan nuestra retina por el camino de vuelta, aunque de fondo tenemos el trueno de las armas de los cazadores que traen a mal traer a conejos y perdices. Así es la vida del campo.

Antes de regresar a nuestros puntos de origen nos desplazamos en tren hasta la estación de Gaucín para llevar a cabo un recorrido por el río Guadiaro hasta llegar a una angostura de enormes bloques redondeados donde algunos intrépidos pertrechados con trajes de neopreno tratan de emular a grandes anfibios deslizándose por las frías aguas del río. Una jornada inolvidable en un paraje de ensueño.

De regreso, dejamos atrás el Peñón de Berrueco – que ya visitaríamos en otra ocasión – y llegamos a la altura de Tavizna, una peculiar aldea medio escondida a los pies de la carretera. Desde allí se adivinan otras posibles rutas, con castillo incluido, pero como no estábamos para muchos trotes, optamos por algo más sencillo como es acercarnos hasta el embalse de los Hurones donde la presencia de la laguna nos sirve de relax, al tiempo que los más pequeños disfrutan todo lo que pueden correteando por sus orillas. La presencia del bosque mediterráneo se hace patente en los alrededores y para nosotros representa un bálsamo relajante hasta la próxima vez que tengamos oportunidad de volver por estos parajes.

Capítulo 11

Ruta por el río Tinto

El itinerario comienza en la estación de Gadea, a unos 6.5 kilómetros, desde La Palma del Condado (Huelva) por la carretera a Valverde del Camino. Deberemos seguir el trazado de la vía del tren hacia la derecha, siempre junto al río, que nos servirá de guía en esta ruta, donde visitaremos siete molinos harineros, todos situados en la margen izquierda del río.

Todos los molinos están situados a una distancia aproximada de un kilómetro uno de otro. La mayoría de ellos construidos en el siglo XIX y disponen de un dique en oblicuo para canalizar el agua. Algunos de ellos aún conservan en buen estado las piedras que se utilizaron para moler el trigo.

Además del de Gadea, podemos ver los molinos de San Juan, Sastre, Nuevo, Cuervo, Rincón y Cascajal, desde donde iniciaremos el camino d

vuelta, optando por la otra orilla para ver los diques de los molinos y volver por la orilla del puente de Gadea.

Esta ruta se desarrolla por el río Tinto a su paso por los términos municipales de Niebla, Villarrasa, Paterna del Campo y La Palma del Condado. Tiene una longitud de 6’5 kms con una dificultad baja.

El río Tinto tiene una longitud de 100 kms y es quizás para muchos el gran desconocido. El no poder aprovechar sus rojizas aguas para el regadío lo hace diferente de los demás, pero es quizás la razón natural de sus aguas teñidas el motivo por el cual tienen un atractivo especial y sólo existen dos ríos en el mundo con las mismas características.

El itinerario comienza en la Estación de Gadea, que pertenece al antiguo ferrocarril minero de la Compañía de Minas de Riotinto. A un kilómetro, en el molino Nuevo o molino de los “Santos” podemos ver restos de algunos azulejos a la entrada; más tarde a la altura del molino del Rincón podemos ver como las aguas de la presa del Corumbel han desplazado a la vía del tren fuera de su trazado; hasta no hace mucho allí mismo se encontraba una enorme piedra de moler.

El molino de Cascajal, situado en el final del recorrido, se encuentra en un buen estado de conservación. En el interior podemos ver restos de una cabria y las piedras de moler el trigo.

También es interesante: El trazado del ferrocarril lo podemos seguir desde San Juan del Puerto hasta Nerva, de donde parte un tren turístico hasta el apeadero de los Frailes en Berrocal. En todo el recorrido hay unos quince molinos aproximadamente. Río arriba encontramos cuatro túneles, el primero a unos siete kilómetros. Es el túnel Salomón con el puente de hierro, siendo un emblema de la Cuenca Minera.

J.R. Infante

Capítulo 12

Sendero Cuerda de las vacas

Próximo a la ciudad de Sevilla se encuentra Castilblanco de los Arroyos, un pueblo puerta de la Sierra Norte al que un día acudimos para llevar a cabo la aventura del año. Nada más llegar, el asunto se puso tan metido en lluvia que varios miembros de Dríades, decidieron que lo mejor era comprarse un traje de agua en la primera tienda que encontrasen abierta. Al principio todo fueron bromas, pero más tarde se agradeció la iniciativa como caída del cielo.

Partimos del polideportivo para empezar a disfrutar viendo correr el agua por todas partes. Conforme avanzamos dejamos atrás unas casas blancas, como recién lavadas, que daban una imagen de inmaculada presencia. Al poco se nos empiezan a cruzar regajos en el camino, que dada la fuerza del agua eran auténticos arroyos. La dificultad extrema se nos presentaba en un paso que tuvimos que realizar pegados a una alambrada donde alguien recibió el bautizo en forma de arañazo en la mano por no hablar

de metedura de bota hasta la altura de la rodilla, aproximadamente; todo ello sobre una correntía de aguas amarillentas. Llovía en ese momento a mares y casi no sabíamos a donde acudir, cuando presenciamos como se las apañaban unas ovejas con pastor incluido, para no tenerle miedo al tiempo. A veces escampaba, contemplábamos todo lo que nos rodeaba con ojos no habituados y las botas chorreando; llegamos de esta guisa a la altura de un arroyo, que de tan difícil que nos lo puso tuvimos que desistir del intento de cruzarlo, no sin antes aguantar un chaparrón de antología y observar el chapuzón que se llevó uno de los integrantes de la aventura, en un intento loable de improvisar un puente.

Decidimos volver sin llegar al final de la etapa, aprovechando una clarita del día para comernos el bocadillo, y de paso hacerle una visita a la ermita de San Benito.

Llenos de barro, contentos y felices de haber compartido con la madre Naturaleza una de sus grandes obras, cual es la de la lluvia, regresamos a nuestro punto de origen, esperando ansiosos la llegada de la próxima salida.

Esto que pudiera haber sucedido a comienzos de este lluvioso dos mil once, resulta que lo vivimos allá por el mes de abril de hace once años, y lo mejor de todo, es que aún seguimos teniendo el mismo pálpito que entonces.

J.R. Infante

Capítulo 13

NACIMIENTO DEL RÍO GUADAIRA

El motivo de la visita del día tenía un doble sentido: por una parte cumplir con nuestro compromiso de senderistas y por otra conocer de primera mano donde nace ese río que tan contaminado llega a Sevilla y que tantas ganas tenemos de verlo limpio. Llegados a Morón, el propio río nos obligó a dar un rodeo debido a un puente en restauración que impedía el tránsito de vehículos. En este punto las aguas bajaban amarillas, producto de las últimas lluvias. Luego del obligado paseo en coche, encauzamos nuestros pasos por una vereda entre cercas de alambre y con la presencia

inquietante de negros toros de lidia que pastaban en su territorio (el toro bravo es una raza característica de los bóvidos que sólo existe en la Península Ibérica, en el sur de Francia y en aquellos países de Latinoamérica en los que los españoles lo exportaron después del Descubrimiento). El cielo amenazaba con lluvia, pero íbamos preparados como siempre. Cada cual caminaba a su aire, pero en esta ocasión todos marchábamos apiñados. "Cania", perra noble, iba con su correa puesta y el tema de conversación no podía ser otro…La presencia de ganadería a uno y otro lado del camino nos tenía con el alma en vilo, por decirlo de forma fina. Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que los animales tenían más miedo que nosotros y al final, luego de mirarnos descaradamente, terminaban por dar media vuelta y buscarse otro lugar con menos tránsito de turistas.

Antes de llegar al nacimiento del río Guadaira aguantamos estoicamente un par de buenos chaparrones entre las encinas. Luego en el mismo lugar del nacimiento al amparo de unas hermosas rocas degustamos nuestras viandas, hicimos cábalas sobre la suerte del río e inmortalizamos el momento con la cámara compacta. De vuelta íbamos más tranquilos, pero continuábamos apiñados. Algunos escombros y el estiércol de las reses próximos a la ribera nos hacen ponernos en guardia y reflexionar sobre la necesidad de proteger este entorno cuantos antes.

De nuevo vuelve a llover como despedida de las imágenes del toro negro. Visitamos el derruido balneario de Pozo Amargo, así como la aldea colindante y ya dentro de los vehículos aguantamos un chaparrón de granizos antes de tomar camino de vuelta pasando por una venta donde degustamos unos exquisitos buñuelos.

J.R. Infante

Capítulo 14

ITINERARIOS A PIE POR LA SIERRA DE ARACENA

Ruta: Alajar-Castaño del Robledo

El mes de Octubre es una fecha ideal para llevar a cabo esta ruta que se inicia en el mismo pueblo de Alajar. Así lo hicimos cuatro amigos dispuestos a pasar un día respirando aire puro.

Luego de un buen desayuno en la capital de la Sierra, Aracena, llegamos a Alajar, donde la primera lección que aprendimos es la de abandonar el coche lo antes posible y no tratar de callejear si no se conoce la población. Buscamos la calleja que nos subía hasta la Peña de Arias Montano, admiramos su espectacular ubicación y esa forma geológica tan especial como es el travertino y luego de echarle un vistazo al complejo entramado de la ermita con agua fluyendo por doquier, nos adentramos en el bosque para llegar a un mirador desde el que se contempla una vista excepcional del entorno más cercano: los alcornoques y los castaños son lo dueños y señores del horizonte, acompañados por cornicabras, saucos, madroños,

romero, jaras y grandes manchas de helechos.

Pasamos por pequeños cercados con olivos en medio de un frió propio de la zona. Poco a poco nos adentramos en un bosque de castaños donde predomina el amarillo y del que resulta difícil salir sin contemplarlo detenidamente. Tras algunos titubeos seguimos lo marcado por el libro de ruta para encontrarnos con el poblado conocido como El Calabacino, que por su aspecto da la sensación de ser un lugar de reposo o de rehabilitación. Nos llama la atención una tienda, tipi, tipo indio americano donde parece que habita una pareja en el más idílico de los paisajes.

Pronto nos adentramos en un castañar espléndido donde es imposible resistirse a la tentación de llenar una bolsa de castañas, están en el suelo, enormes, brillantes y de un sabor exquisito. Otros senderistas que nos encontramos en sentido contrario nos orientan en la dirección correcta: desde un pequeño alto se divisa Castaño del Robledo. A través de una calleja nos adentramos en el pueblo y en una pequeña plaza nos encontramos con un grupo de jóvenes excursionistas. Atraídos por un edificio semiderruido, nos interesamos por él y nos informan que se trata de una iglesia que nunca llegó a terminarse. Calles empedradas, cuestas, olor a chacina y todo un lujo impregnarse de esta forma de vida que a veces resulta tan lejana de la vida en las grandes urbes.

Regresamos por el mismo camino y cuando nos montamos en el coche, comprobamos que entre unas cosas y otras hemos invertido siete horas, con todas las paradas necesarias, en llevar a cabo nuestra ruta del día.

Capítulo 15

CORTES DE LA FRONTERA

Hace ya muchos años en la Residencia Al-Alais de Cortes de la Frontera recalamos cuatro familias para pasar unos días en la Sierra de Grazalema. El primer día para no romper del todo el enlace con la ciudad, nos vamos a Ubrique para ver primera mano la gran actividad de esta población relacionada con la piel curtida; el pueblo tiene un enclave de privilegio para respirar los aires serranos, amén de una calzada romana que lleva hasta Benaocaz. De allí, a través de la manga de Villaluenga, llegamos a conocer la entrada a una sima, dejándonos caer por las grandes peñas que configuran la entrada a ese mundo a oscuras que conforman las entrañas de la Tierra.

Un merendero, situado entre unos pinos, nos parece el lugar adecuado para degustar unos bocadillos que llevábamos preparados, lo que no sabíamos es que el postre iba a ser movidito: así, como el que no quiere la cosa, nos llegaron unos hombres dando voces para que nos apartásemos, dado que llegaban a galope unas cuantas vaquillas en dirección a un pequeño tentadero próximo a nuestra situación; como no teníamos aficiones de toreros ni nada por el estilo, recogimos lo que pudimos y nos apartamos tras unos árboles para observar el paso del ganado. El resto del día discurrió entre alcornoques, algarrobos, chopos y

chumberas con la presencia solemne de los buitres en el cielo.

Al siguiente día decidimos subir hasta los Llanos de Libar. Durante cinco horas, hacemos lo que podemos para encontrar una sima –que no damos con ella-, desde la inmediaciones del cortijo Carrasco contemplamos los alrededores y cuando el frío y el agua deciden acompañarnos, no nos queda otro remedio que volver sobre nuestros pasos. Nogales, palmitos, almendros llenan nuestra retina por el camino de vuelta, aunque de fondo tenemos el trueno de las armas de los cazadores que traen a mal traer a conejos y perdices. Así es la vida del campo.

Antes de regresar a nuestros puntos de origen nos desplazamos en tren hasta la estación de Gaucín para llevar a cabo un recorrido por el río Guadiaro hasta llegar a una angostura de enormes bloques redondeados donde algunos intrépidos pertrechados con trajes de neopreno tratan de emular a grandes anfibios deslizándose por las frías aguas del río. Una jornada inolvidable en un paraje de ensueño.

De regreso, dejamos atrás el Peñón de Berrueco – que ya visitaríamos en otra ocasión – y llegamos a la altura de Tavizna, una peculiar aldea medio escondida a los pies de la carretera. Desde allí se adivinan otras posibles rutas, con castillo incluido, pero como no estábamos para muchos trotes, optamos por algo más sencillo como es acercarnos hasta el embalse de los Hurones donde la presencia de la laguna nos sirve de relax, al tiempo que los más pequeños disfrutan todo lo que pueden correteando por sus orillas. La presencia del bosque mediterráneo se hace patente en los alrededores y para nosotros representa un bálsamo relajante hasta la próxima vez que tengamos oportunidad de volver por estos parajes.

Capítulo 16

Diciembre de 1993

Hace ya muchos años en la Residencia Al-Alais de Cortes de la Frontera recalamos cuatro familias para pasar unos días en la Sierra de Grazalema. El primer día para no romper del todo el enlace con la ciudad, nos vamos a Ubrique para ver primera mano la gran actividad de esta población relacionada con la piel curtida; el pueblo tiene un enclave de privilegio para respirar los aires serranos, amén de una calzada romana que lleva hasta Benaocaz. De allí, a través de la manga de Villaluenga, llegamos a conocer la entrada a una sima, dejándonos caer por las grandes peñas que configuran la entrada a ese mundo a oscuras que conforman las entrañas de la Tierra.

Un merendero, situado entre unos pinos, nos parece el lugar adecuado para degustar unos bocadillos que llevábamos preparados, lo que no sabíamos es que el postre iba a ser movidito: así, como el que no quiere la cosa, nos llegaron unos hombres dando voces para que nos apartásemos, dado que llegaban a galope unas cuantas vaquillas en dirección a un pequeño tentadero próximo a nuestra situación; como no teníamos aficiones de toreros ni nada por el estilo, recogimos lo que pudimos y nos apartamos tras unos árboles para observar el paso del

ganado. El resto del día discurrió entre alcornoques, algarrobos, chopos y chumberas con la presencia solemne de los buitres en el cielo.

Al siguiente día decidimos subir hasta los Llanos de Libar. Durante cinco horas, hacemos lo que podemos para encontrar una sima –que no damos con ella-, desde la inmediaciones del cortijo Carrasco contemplamos los alrededores y cuando el frío y el agua deciden acompañarnos, no nos queda otro remedio que volver sobre nuestros pasos. Nogales, palmitos, almendros llenan nuestra retina por el camino de vuelta, aunque de fondo tenemos el trueno de las armas de los cazadores que traen a mal traer a conejos y perdices. Así es la vida del campo.

Antes de regresar a nuestros puntos de origen nos desplazamos en tren hasta la estación de Gaucín para llevar a cabo un recorrido por el río Guadiaro hasta llegar a una angostura de enormes bloques redondeados donde algunos intrépidos pertrechados con trajes de neopreno tratan de emular a grandes anfibios deslizándose por las frías aguas del río. Una jornada inolvidable en un paraje de ensueño.

De regreso, dejamos atrás el Peñón de Berrueco – que ya visitaríamos en otra ocasión – y llegamos a la altura de Tavizna, una peculiar aldea medio escondida a los pies de la carretera. Desde allí se adivinan otras posibles rutas, con castillo incluido, pero como no estábamos para muchos trotes, optamos por algo más sencillo como es acercarnos hasta el embalse de los Hurones donde la presencia de la laguna nos sirve de relax, al tiempo que los más pequeños disfrutan todo lo que pueden correteando por sus orillas. La presencia del bosque mediterráneo se hace patente en los alrededores y para nosotros representa un bálsamo relajante hasta la próxima vez que tengamos oportunidad de volver por estos parajes.

Capítulo 17

CORTES DE LA FRONTERA
La llegada
Sábado 4 de Diciembre de 1993
A las 9,15h salimos de Sevilla en dos vehículos por la carretera de Utrera para recoger a un tercer coche en el cruce de Dos Hermanas. Parada en Montellano y llegada a la Residencia escolar de Cortes de la Frontera, donde somos recibidos por Jesús, joven componente de la Cooperativa Suber: Turismo rural y animación, encargada del turismo rural de la zona. Tras elegir habitaciones, nos indican una ruta que nos disponemos a conocer.
Se comienza en el pueblo, bajando a la altura del cementerio, en dirección al río Guadiaro. Pronto las vistas se hacen enormemente bellas y dada la hambruna reinante, nos detenemos bajo un olivo a degustar lo que cada uno traía de su casa. La bajada se realiza por un carril ancho pero pronunciado, lo cual hacía temer la vuelta.
Atravesando la carretera, se introduce el camino en un frondoso sendero, en parte vía romana, que permite la contemplación de "la casa de piedra": curiosa historia de un ermitaño que a principios del siglo XX tuvo la santa paciencia de horadar en una roca una vivienda. El lugar se encuentra abandonado, aunque los lugareños suelen dar fe de su existencia. Más adelante se percibe actividad relacionada con la matanza del cerdo.
Llegamos a la orilla del río Guadiaro, caudaloso, sensual, pero con bastante basura en los alrededores, aunque la presencia de vida acuática

nos tranquiliza.
Siguiendo indicaciones visitamos un horno de pan de leña y una fábrica de muebles de castaño y pino con diseños vanguardistas.
La vuelta se convierte en prueba de fuego para los gemelos, aunque la sopita caliente de la Residencia reconforta el esfuerzo. En los postres visionamos la jornada gracias a la paciencia del Sr. Carballido y al poco estamos todos soñando con el pic-nic del día siguiente.

2º día de estancia

Domingo, 5 de Diciembre de 1993

Siguiendo las indicaciones de los monitores de Suber, nos vamos hasta la estación de Cortes de la Frontera y tomamos el tren para que nos deje en Gaucín. Luego de degustar unos sabrosos churros nos introducimos en una red de túneles que nos dan idea de lo abrupto del terreno. Seguimos el curso del Guadiaro y al llegar a la estación contactamos con "El Gaspi", curioso personaje, mitad cabra mitad joven que por dos mil pesetas nos iba a servir de guía para el resto de la jornada.
Remontando el río nos va introduciendo por unos paisajes de ensueño donde se advierte la presencia humana, que a pesar de la humedad prefiere las tiendas de campaña para llevar a cabo sus actividades campestres. La vegetación es muy abundante, de gran porte y el so calienta nuestros cuerpos cuando nos llega, debido en parte a la carga de chaquetones que llevamos, temiéndole al frío.
Comemos en una isla, mientras "El Gaspi" corretea por entre las rocas como si se alimentara del aire; de la supuesta bolsa de bocadillos, saca unas alpargatas que utiliza para chapotear por el río. Luego nos lleva hasta la angostura del Guadiaro, objetivo de nuestro viaje, mostrándonos de paso la charca del moro y la buitrera. El agua presenta en estos puntos un azul intenso.
Nos queda para otra ocasión el paso por el puente de los alemanes o la travesía del túnel, dado que según nuestro guía era ya tarde para tales aventuras.
Podemos observar en la boca de la garganta unos aventureros que envueltos en trajes de neopreno regresaban después de una jornada entre peñascos y agua. Desde abajo, en el lecho del río, sin apenas agua, el ser humano parece una diminuta criatura deslizándose por entre enormes piedras redondeadas y de caprichosas formas.
Volvemos por el mismo camino y hasta la llegada del tren, departimos con "El Gaspi", un ciervo en cautividad y un decorador malaje de azulejos, cuyo nombre prefiero no mencionar.
De nuevo el tren, villancicos, ducha calentita, cena y relax. Una buena dormida y todos en forma para el siguiente día.

.../...

Capítulo 18

3º día de estancia
Lunes, 6 de Diciembre de 1993
Tras una breve parada en Ubrique repostando material fotográfico, iniciamos l jornada saldando una deuda pendiente del año pasado: "La Sima y los Llanos del Republicano". Por qué reciben este nombre es algo que aún ignoramos, no obstante desde la carretera donde obligatoriamente hay que dejar los vehículos y desde la cual se puede observar –dicho sea de paso- el inicio de una calzada romana, hasta la sima se nos indica recorrido cómodo, aunque la realidad nos marca a la vuelta un par de repechitos para desentumecer los músculos.
Iniciamos con un bosque de quercus y una culebrilla nos da la bienvenida, casi inmóvil desde una piedra, más que probable en esta postura debido al frío reinante. Una vez pasado el bosque se produce el tremendo contraste de un inmenso llano con la Sierra de Libar al fondo, y donde el desfile de personas en dirección al final del trayecto parece el de las hormigas cuando se afanan en sus quehaceres. Apenas un par de arbolitos donde en verano será parada obligatoria, pero que en el día de hoy no hace necesaria la presencia humana bajo sus ramas, dado que se agradece el sol con el permiso de las nubes.
Llegar a la sima no resulta difícil, ya que el sendero es bastante claro y además el trasiego de gente no admite lugar a dudas. Una vez allí emprendemos manos a la obra y nos situamos al borde del precipicio, tras el cual hacen falta conocimientos espeleológicos para continuar. Las enormes rocas redondeadas, la humedad y el musgo configuran el encanto del lugar, puerta de aventureros y muro infranqueable para los senderistas. Respiramos ese aire distinto que da la grandiosidad del lugar y regresamos sobre nuestros pasos.
4º día de estancia
Martes, 7 de Diciembre de1993
La jornada se inicia con la visita a la Cueva de la Pileta, por parte de algunos integrantes del grupo, mientras que otros descubrimos un nuevo nacimiento de río para la estadística de nacimientos: En la estación de Benaoján, en el lugar conocido como "el charco del molino" o algo similar, se pueden observar los borbotones de agua emerger del suelo, aunque el entorno deja bastante que desear por el abandono a que está sometido. Pronto vierte sus aguas al Guadiaro, después de pasar por las vías del tren y es allí, en las orillas del río principal donde se puede pasear y sin que sea algo extraordinario si que pasean sus riberas remansos de paz donde comerse un bocadillo a la sombra de los chopos.
Conocemos la industria cárnica del lugar, que a fuerza de temperaturas bajas, poseen secaderos de chorizos en las azoteas como si se tratase de calcetines. Visitamos el albergue La Ermita, recién inaugurado y bastante tentador para pasar en él unas vacaciones. De allí nos desplazamos hasta

el inicio de la ruta conocida como “Cueva del Hundidero”, también marcada como recorrido cómodo, pero que presenta cierta dificultad muy a pesar del cartel indicador. Hasta llegar a la presa, el asunto va bien, una amplia pista descendente conduce hasta la monumental obra. Sevillana de Electricidad erró en sus cálculos y la presa jamás llegó a funcionar por problemas de retención de líquidos.
Para llegar a la cueva hay que tomar un senderito, que se hace abrupto en ocasiones, y siempre descendiendo. La montaña impone conforme se avanza y una vez en el lecho seco, la humedad y la vegetación cambian radicalmente, los helechos adornan las paredes; a medida que nos introducimos en la garganta, se va descubriendo el pórtico de entrada ala gruta que presenta una visión de catedral de piedra, que se confirma una vez que nos introducimos en ella. La luz del día permite adentrarse bastantes metros; una vez hechos los ojos a la oscuridad se disfruta de esa ficticia aventura de imaginarse el principio de los tiempos cuando aún se desconocía el fuego. Se mire para donde se mire todo resulta grandioso: las paredes, el techo, las rocas del suelo. No hay apenas agua; con ayuda de una pequeña linterna nos vamos adentrando hasta llegar a un lago interior por donde parece ser se introducen los especialistas para salir a la Cueva del Gato. Con esfuerzo, pero muy satisfechos, retornamos a los vehículos y nos guarecemos del intenso frío que se deja caer.

.../...

Capítulo 19

4º día de estancia
Martes, 7 de Diciembre de1993
La jornada se inicia con la visita a la Cueva de la Pileta, por parte de algunos integrantes del grupo, mientras que otros descubrimos un nuevo nacimiento de río para la estadística de nacimientos: En la estación de Benaoján, en el lugar conocido como "el charco del molino" o algo similar, se pueden observar los borbotones de agua emerger del suelo, aunque el entorno deja bastante que desear por el abandono a que está sometido. Pronto vierte sus aguas al Guadiaro, después de pasar por las vías del tren y es allí, en las orillas del río principal donde se puede pasear y sin que sea algo extraordinario si que pasean sus riberas remansos de paz donde comerse un bocadillo a la sombra de los chopos.
Conocemos la industria cárnica del lugar, que a fuerza de temperaturas bajas, poseen secaderos de chorizos en las azoteas como si se tratase de calcetines. Visitamos el albergue La Ermita, recién inaugurado y bastante tentador para pasar en él unas vacaciones. De allí nos desplazamos hasta el inicio de la ruta conocida como "Cueva del Hundidero", también marcada como recorrido cómodo, pero que presenta cierta dificultad muy a pesar del cartel indicador. Hasta llegar a la presa, el asunto va bien, una amplia pista descendente conduce hasta la monumental obra. Sevillana de Electricidad erró en sus cálculos y la presa jamás llegó a funcionar por problemas de retención de líquidos.
Para llegar a la cueva hay que tomar un senderito, que se hace abrupto en ocasiones, y siempre descendiendo. La montaña impone conforme se avanza y una vez en el lecho seco, la humedad y la vegetación cambian radicalmente, los helechos adornan las paredes; a medida que nos introducimos en la garganta, se va descubriendo el pórtico de entrada ala gruta que presenta una visión de catedral de piedra, que se confirma una vez que nos introducimos en ella. La luz del día permite adentrarse bastantes metros; una vez hechos los ojos a la oscuridad se disfruta de esa ficticia aventura de imaginarse el principio de los tiempos cuando aún se desconocía el fuego. Se mire para donde se mire todo resulta grandioso: las paredes, el techo, las rocas del suelo. No hay apenas agua; con ayuda de una pequeña linterna nos vamos adentrando hasta llegar a un lago interior por donde parece ser se introducen los especialistas para salir a la Cueva del Gato. Con esfuerzo, pero muy satisfechos, retornamos a los vehículos y nos guarecemos del intenso frío que se deja caer.

Capítulo 20

5º y último día de estancia

Miércoles, 8 de Diciembre de 1993
Recogimos el último pic-nic de la excursión para encaminar nuestros vehículos hacia El Bosque, lugar de cita con otra tanda de compañeros. Visitamos someramente el Centro de Recepción de la AMA y más tarde nos dirigimos hacia el supuesto río Majaceite, más conocido en los últimos tiempos como rió de El Bosque. También se nos advierte en esta ocasión de cuatro kilómetros de recorrido cómodo y así es en efecto, comparado con los enormes desniveles existentes en otras rutas no muy lejanas. Vamos cruzando de un lado a otro del río por pequeños puentes levantados al efecto y siempre en dirección hacia Benamahoma. El río, truchero, se muestra pletórico de facultades y no se corta un ápice a la hora de ofrecernos todos sus encantos. Dada la festividad del día, se observan algunos movimientos humanos en ambas direcciones, pero sin llegar a deslucir el espectáculo del agua. La humedad de la zona en sombras contracta, sin duda, con el calor que se percibe cuando llegan los rayos solares. Los árboles de ribera y el matorral variadísimo, constituyen los ejes del bosque en galería que se disfruta durante buena parte del recorrido.
A la hora del almorzar se produjo la anécdota de la jornada, ya que

cuando nos disponíamos a engullir nuestro querido bocata, llegó un señor que sin demasiadas contemplaciones nos dijo que aquel terreno tenía dueño y que su dueño no permite el terrible daño que le producía nuestra presencia. Consecuencia de la aglomeración de turismo rural: ya no puede uno detenerse donde le plazca, hay dueños que muerden. El caso se estudiaría más adelante por si hubiera lugar a alguna denuncia.
La piscifactoria y el nacimiento del río nos relajan: de la base de la montaña brota cristalina el agua; enseguida se aprovecha para criar truchas y no muy lejos, lo que antes fuese un molino de agua, ha sido restaurado y adaptado para poder aprovecharlo con fines culturales y educativos.
El pinsapo y el buitre leonado resultan emblemáticos y salen a saludarnos para que nunca olvidemos de estas excursiones.

J.R. Infante

Capítulo 21

EL BURGO (1)

11/10/96

Luego de tres largos años de ausencia, se inicia para mí una salida de fin de semana donde partimos desde Sevilla Eduardo Corona, Pepe Martel y yo, cargados de gente y equipaje, para recoger en el camino a Manolo Galey y sus hijos.

El viaje es relajado hasta Ronda, donde se inicia un rosario de curvas que nos adentra poco a poco en unas cumbres desoladas y pedregosas, cuya vegetación nos da idea de la proximidad de la Sierra de las Nieves. Ascendemos hasta el Puerto del Viento (1190 m) para ir aproximándonos hasta el poblado, en el cual teníamos el contacto que habría de llevarnos hasta la Fuensanta, nuestro lugar de destino.

Un predispuesto motorista nos precede a los tres cuando el manto nocturno y el frío nos dicen lo que nos espera. A poco más de un kilómetro llegamos a un desvío de tierra, tragamos polvo por un tubo y llegado el momento nos llevamos una desagradable sorpresa, ya que todos esperábamos un refugio perdido en medio del monte y de repente

nos encontramos con una multitud de coches aparcados al borde del camino, propio de un merendero de fin de semana. En medio del desaliento y de la noche descubrimos que hay agua —se oye—, tiendas de campaña y muchos árboles.

Cuando tomamos posesión de la casa, comienza a cambiarnos el semblante, puesto que nos hallamos una gran cortijada, adecuada como zona recreativa, pero que nos proporciona la independencia suficiente como para poder estar a gusto.

Una gran chimenea preside el rústico comedor y no tardaríamos mucho en comenzar a ahumarnos. Visita por todas las dependencias —la segunda planta se destina a dormitorios—, mochilas y bultos por todas partes hasta que poco a poco nos vamos situando y nos sentamos todos alrededor de la mesa para comernos la primera tortilla de patatas.

En el exterior descubrimos que la gente se lo monta alrededor de la candela, que tenemos que compartir los servicios y que el agua está fría como el carámbano. Como mascota, en esta ocasión figuraba “Chuti”, fiel amigo lanudo de Pepe Martel. Terminada la cena nos queda como fin de fiesta volver al poblado para recoger a Rafael Nieto y su “pontia”. Comienza así una especie de juego de gato y ratón hasta que finalmente el habilidoso compañero da con nosotros en medio de la oscuridad.

Como la noche estaba fría resulta algo movidita porque no todo el personal llevaba buenos sacos para aguantar el tirón, pero se consigue descansar, dentro de un orden, que en definitiva es de lo que se trataba.

Capítulo 22

EL BURGO (y 2)

12/10/96
Con la luz del día se nos presenta en toda su magnitud la zona recreativa y, ahora sí, descubrimos de verdad la cohorte de tiendas de campaña que teníamos como vecinos. A la espalda del caserío, una pequeña laguna, rodeada de alambres es el origen de todo el manantial de agua que discurre a ambos lados de las blanqueadas paredes. El frío ha desaparecido y el aspecto del día es radiante, por lo que la primera expedición por los alrededores no tarda en organizarse para subir a uno de los montes que nos rodean y percibir desde allí el entorno más inmediato.

La subida se hace lenta, en zig-zag y en gran medida sin un sendero claro: olivos, pinos, Quercus y mucho matorral nos acompaña hasta la cumbre. Una vez allí la vista es hermosa, relajante y dura de pelar para algunos. Delante tenemos El Burgo, extendido en la falda de la Sierra Prieta y dejada caer a los pies de Sierra Blanquilla. A lo lejos e mirador del guarda, coronado por unos cuantos senderistas y a la derecha las nubes, enredadas en los montes próximos a nosotros, como si se tratasen de anillos de algodón. A nuestros pies la zona recreativa donde el personal se

entretiene preparando la leña para el frío de la noche.
La vuelta la hacemos por una pista forestal que nos lleva a un campamento de verano privado y desocupado.
Los cocineros eventuales nos estaban preparando un sabroso guiso de patatas con carne, que nos sabe a gloria bendita, tras lo cual decidimos visitar El Burgo por un sendero que nos habían indicado; una pequeña subida y una bajada más o menos pedregosa nos llevan hasta el río, de aguas cristalinas, donde descansamos contemplando su fauna piscícola.
A raíz de aquí se inicia lo que habría de ser, sin duda, la aventura de la excursión: desorientados por unos lugareños que nos lo pusieron más fácil, subimos río arriba por una pista forestal en muy buenas condiciones, con una tarde calurosa y una vega llena de verde, árboles frutales y árboles de ribera; nuestra primera meta era la presa sobre el propio río, enclavada en un rincón acogedor pero escasa de agua. A partir de ahí esperábamos encontrarnos pronto lo que nos habían anunciado como "El nacimiento"; me adelanto en el camino y a medida que avanzaba la pista forestal, cada vez tenía más serias dudas de que llegaríamos a encontrar el dichoso "nacimiento" del río.

Una segunda y hasta una tercera presa me hacen sospechar que algo falla en nuestra información, así que decido esperar a los primeros del grupo para compartir responsabilidades. La vista en este momento es para gozar, pues nos hallamos a los pies del monumento al guarda, en un cortado donde las grajas se dejan oír, una gruta horadada en la pared nos hace recordar algo que nos dijeron respecto al lugar y no sabemos si estamos ante el nacimiento.
Al estar metidos entre dos montañas, la tarde se va apagando lo mismo que la fuerza de la mayoría de los senderistas, por lo que llega el momento que nos plantemos tener que volver sobre nuestros pasos, después de llevar dos horas andando desde que salimos de la población. Se produce el lógico nerviosismo hasta que la presencia de dos coches pone las cosas en su sitio y nos demuestra lo mal que saben medir los kilómetros los lugareños o la mala leche que cosechan.
Tres conductores se vuelven a por los vehículos, mientras que los demás —incluido los niños— caminamos agrupados has que lleguen para recogernos. Ascendemos hasta el Puerto de la Mujer donde ya se nos hace plena noche y donde tiene lugar la recogida de nuestros sudorosos cuerpos. Los cuatro kilómetros se habían convertido en catorce.
La luz de las chimeneas, las viandas (tortilla incluida) y el agua del grifo, fría como ella misma, nos animan y convertirnos el susto en una velada magnífica donde cada cual aporta lo que puede para pasar un buen rato. Esa noche ni hizo frío, ni estaba duro el suelo, ni echamos en falta la ducha, ni los molestaron los ronquidos de nadie. Fue una dormida con todas las de la ley.

J.R. Infante

Capítulo 23

ZAHARA DE LA SIERRA(1)

11/10/97

Aterrizamos en este belén serrano una noche en exceso calurosa y nos acoplamos los once componentes de la expedición en una casa-piso, desde la cual vamos a dar comienzo nuestras aventuras.

La primera de ellas nos lleva, en torno a las diez de la mañana, hasta Benamahoma, tras cruzar por primera vez el Puerto de las Palomas. La gente va con ganas y dispuesta a sudar lo que haga falta. Dejamos los vehículos en la ribera del Majaceite, y emprendemos las primeras rampas

camino del Pilar. El agua que llega desde la piscifactoría es cristalina, pero en el ambiente hay un cierto tufillo embriagador. Una primera cancela nos conduce por una amplia pista rodeados de vegetación arbustiva, entre la que destacamos buenos ejemplares de algarrobos; los quercus nos ofrecen sus bellotas y la Sierra del Pinar su impresionante pared. Muy pronto el calor hace mella y comienza a desgajarse el grupo y a surgir las dudas; los buitres y la tarabilla nos invitan a seguir, el conocimiento del terreno también y de esta forma llegamos hasta el primer punto de destino, en el cual tras sortear en la sombra a un rebaño de vacas, se queda el grueso del pelotón y nos adentramos a la aventura pura y dura: María Guillén, Maribel Lasheras, Manolo Galey, Eugenio Fernández y yo mismo. Nos cruzamos con un extenso rebaño de cabras con una vegetación espesísima y con un cabrero más pinturero que todas las cosas. Un pozo de agua utilizado por el ganado nos refresca y nos permite llegar a nuestro segundo punto: el abrevadero de las vacas, verdadero maná de agua fresca, al que llegamos luego de habernos pinchado hasta en el cielo de la boca. Parte del personal llevaba las piernecitas al aire, así que las aulagas hicieron su agosto. Con la mente fresca y la sed saciada decidimos iniciar el ascenso del Pilar por un sendero de ganado con más pinchos que donde los hacen. Con más o menos esfuerzo llegamos a una cumbre previa, que dada la hora que era y la que estaba cayendo, desistimos del intento de subida y lo cambiamos por una visita a un pequeño bosquete de pinsapos que teníamos a la vista.

Como del dicho al hecho va mucho trecho, la intensa vegetación, el calor y la madre que nos parió, nos hacen dar por perdido el intento; eso sí María Guillén y yo tenemos la fortuna de pasar junto a un pinsapo descarriado. La vuelta hasta Benamahoma fue todo un calvario por el cansancio acumulado: a ML la recogieron en coche y los demás fuimos llegando poco a poco, no sin antes volver a cruzarnos con unas vacas que nos causaban, cuando menos respeto.

Eran las nueve de la noche cuando llegamos a casa.
Participamos de esta aventura: Eduardo Corona, Loli González, Pura Pérez, Carmen Fernández, José Antonio Galey, Maribel Lasheras, María Guillén, Manolo Galey, Eugenio Fernández y Pepe Rodríguez.

Capítulo 24

ZAHARA DE LA SIERRA (2)

12/10/97
En este día decidimos afrontar la visita al Salto del Cabrero partiendo desde El Puerto del Boyar: Comenzamos por una pista bien señalizada, en medio de un bosque de quejigos y alcornoques, a la sombra y contemplando las paredes de la Sierra del Endrinal. La vista es amplia, limpia y a lo lejos se divisa el cortado que conforma el llamado Salto del Cabrero. Dejamos a la derecha la Sierra del Pinar, por cuya ladra discurre la carretera que lleva a Benamahoma. El camino es cómodo bajando y el personal va contento. Pronto llegamos a una casa de labranza con sus cabras, cerdos, gallinas y demás bichejos por el estilo, a partir de la cual el asunto se torne más interesante, pues nos introducimos por un sendero pedregoso, a veces, con vacas otras y senderistas que llevan nuestra misma dirección. Me separo del grupo hasta llegar a un llano donde descubro lo que puede ser la Casa de la Fuentezuela, una casita encubierta en medio del roquedo y difícil de detectar. Un nogal y un abrevadero me sirven de descanso mientras espero al resto del grupo. Los buitres leonados comienzan a hacer acto de presencia y hasta un sutil jilguero nos sofoca del calor reinante.

A partir de este punto y hasta el Salto el sendero se hace más complicado, más pedregoso, con varias cancelas y tapias que hay que saltar, y con algún que otro pincho dispuesto a dejar huella. Con el pequeño JA como mascota afronto la tarea de llegar a la meta, a la que se accede pasando un circo o gran llanura y un descenso entre peñascos. El cortado se presenta como una gran pedrera con algunos árboles y mucho silencio en derredor. El algarrobo y el quejigo se dan la mano en el aire y nosotros nos dividimos en dos grupos: uno que regresa a buscar los coches y otro que continua la marcha hasta Benaocaz. El pueblo se ve pronto, pero hasta llegar a el aún nos queda sudar la camiseta, ya que si al principio se camina por un llano donde da la sensación de hallarse en el Torcal, luego viene una bajada sinuosa y pedregosa propio de cabras bien entrenadas. Para llegar a Benaocaz se puede hacer por una calzada romana que discurre próxima a un caserío, o a través del camping, abriendo y cerrando cancelas.
Llegamos sudorosos y sedientos pero convencidos, una vez más, de haber llenado nuestras reservas de energía hasta el próximo día en que volvamos a calzarnos las botas.

Capítulo 25

ZAHARA DE LA SIERRA (y 3)

13/10/97

La mañana se inicia con una visita a un antiguo molino de aceite que aún sigue activo, pegado a la falda de Zahara de la Sierra. El parroquiano nos atiende con amabilidad mientras observamos la adaptación del trabajo a los tiempos modernos y todo el proceso para convertir la oliva en el preciado aceite. Allí quedan para la historia las enormes piedras de granito sin nadie que pueda ya ponerles al día y sustituidos los engranajes metálicos. Capachos por doquier y un museo de apeos de labranza distraen nuestra atención. Desde aquí se observa una vista relajante y tranquila del enorme lago que conforma el actual embalse de Zahara. Acto seguido volvemos a encaminarnos al puerto de Las Palomas para llevar a cabo un itinerario que discurre por el pico Coros. Se trata de un trazado fácil que permite observar una panorámica ideal ya que va dándole la vuelta a todo el monte. Zahara, Algodonales, Garganta Verde, el embalse, El Gastor, Ronda, Grazalema; todo queda a vista de pájaro ya que hasta los propios buitres quedan por debajo de nuestra visión en determinados momentos. La vegetación da idea del frío que debe hacer por esos cerros, así como la ausencia de árboles. Por la parte de Zahara se presenta como una umbría con bastante vegetación y vida animal y de descenso suave, en contra por la parte de Grazalema el asunto se vuelve más abrupto y presenta unos cortados propio para cornejas, grajos y similares. Las cabras como es de suponer también encuentran su sitio porque toda la zona en si es rica en este tipo de ganado doméstico. En la

cima (1331 m) existe unos restos de estación meteorológica y un poste cuya destrucción está penada por la ley, desde el cual se tiene una buena vista sin las condiciones meteorológicas acompañan, como era el caso del día que nos ocupa, que se hallaba despejado y tras el ejercicio no hacía ni frío, ni calor.
Terminamos la estancia en Zahara de la Sierra con una comida comunitaria en la casa donde hemos pernoctado en honor de Eduardo Corona, tesorero a la sazón de Dríades, que ha tenido la gentileza de preparar un suculento guisado de carne por su onomástica. Otros compañeros llegan ex profeso desde Sevilla para celebrar tal acontecimiento.

J.R. Infante

Capítulo 26

EL HONDÓN

29/11/97
Por segunda vez repito una salida con este singular grupo para llevar a cabo una aventura de barro y vallas. El grupo lo conforman 14 personas y empleamos 4 vehículos. En la carretera de Ubrique a Benaocaz, allí donde la ruta se hace más pedregosa y sinuosa, se inicia un sendero que nos acerca en primer lugar a una gruta sin demasiada profundidad, y que no aparenta tener importancia. En medio de algunos algarrobos y mucha agua nos vamos dejando caer hasta el llamado "Río Pajaritos". Aquí comienza una pequeña odisea con alguna metedura de pata en sus cristalinas aguas, hasta que nos vamos abriendo paso para contemplar unos saltos de agua producidos por la abundancia del líquido elemento y los desniveles que aquí se producen. El lugar desprende humedad por los cuatro costados, los árboles presentan una buena manta de musgo y las setas aunque poco abundantes, también las hay. Con más o menos dificultad vamos descendiendo hasta un hermoso valle desde el que se contempla La Silla. El tal paraje parece denominarse "El Hondón", y en una mañana de sol presenta un aspecto de postal navideña. De frente tenemos el Salto del Cabrero, y más o menos a sus pies, nuestro siguiente

objetivo: el nacimiento del río Tavizna.
Llega hasta sus entrañas conlleva saltar dos alambradas, por la desdichada manía de ponerle las cosas difíciles a los senderistas; una parcela sin candado haría las cosas mucho más fáciles. En este punto de produce la pérdida de dos elementos del grupo inicial, a los que volveríamos a ver al término de la jornada. El nacimiento en si es uno de esos lugares a los que hay que llegar en el momento preciso y a la hora justa, y no cabe duda de que habíamos dado con tales coincidencias. El personal se dedicó los primeros instantes a tratar de meterse casi dentro de la montaña, por allí por donde surgía el agua con toda su fuerza. Entre cabra y nutria podría denominarse a los ejemplares que deambulaban por entre las piedras. Hombres y mujeres fueron encontrando acomodo, saciando su sed, su hambre y hasta su sueño en algunos casos. El ronroneo del agua hacía el resto, mientras se departió por un largo periodo de tiempo.
De nuevo salto de vallas □en esta ocasión con bronca incluida por los lugareños□, para seguir pegados a la orilla del río, continuar su discurrir, cruzar por un coqueto puente romano o árabe, y ya con la humedad de la tarde pisándonos los talones, iniciar el ascenso al castillo de Aznamara. Barro, ganado ovino y una buena subida a lo que debió ser un buen punto de observación en épocas pretéritas. Puerto del Boyar, San Cristóbal, Torreón, La Silla y la aldea de Tavizna; todo a vista de pájaro, para retornar a un camino transitado y de nuevo salto de vallas. Cuando llegamos al punto final de recorrido, caen las primeras sombras de la noche.

En memoria de Antonio Polo

J.R. Infante